

Bien merece ser meditado este consentimiento unánime de los pueblos acerca de la religion y de esta sencillez de ideas.

La sala donde yo estaba alojado y donde comí, formaba un cuadro harto interesante, que representaba las antiguas costumbres de Oriente. No todos los huéspedes de Ibrahim eran ricos, y aun algunos eran verdaderos mendigos, y sin embargo, se sentaban en el divan entre otros turcos que llevaban gran tren de caballos y de esclavos. José y mi genízaro eran tratados con la misma atencion que yo, pero con la diferencia de que no les habian puesto á mi mesa. Ibrahim mostraba igual deferencia á todos, obsequiándolos y animándolos á comer, y hasta á los pordioseros servian sus esclavos respetuosamente el café. En esto se conocian los caritativos preceptos del Coran, y la virtud de la hospitalidad que los turcos aprendieron de los árabes; pero esta fraternidad del turbante no pasa del umbral de la puerta; y esclavo hay, que habiendo tomado el café con su huésped, este mismo le hace cortar la cabeza luego que sale á la calle. Me han dicho, sin embargo, y tambien lo he leído, que existen aún en el Asia familias que conservan todavía las costumbres, la sencillez y la ingenuidad de los primeros tiempos; y lo creo, porque Ibrahim es ciertamente uno de los hombres honrados que yo he tratado.

Por fin, volvió el genízaro con un guía, que no solo me ofrecia caballos hasta Amiclea, sino tambien hasta Argos, y exigió un importe, que satisface. El jefe de la ley, que habia sido testigo de este ajuste, se levantó colérico y me dijo que supuesto que viajaba para conocer los pueblos, debia conocer tambien á aquellos tunantes; que estos cometian un latrocinio, pues yo nada les debia, llevando en mi poder un firman; y concluyó asegurando que me habian en-

gañado completamente. Dicho esto, se salió despechado, menos animado de un espíritu de justicia, que indignado de mi estupidez.

A las ocho de la mañana partimos para Amiclea, llamada hoy Selabochorion, acompañándome un nuevo guía y un *cicerone* griego, muy honrado, pero muy ignorante. Tomamos el camino de la llanura al pié del Taijetes, siguiendo por entre hermosos jardines y huertas plantadas de higueras, moreras y sicomoros, en las que se veían además viñas y melonares: al notar aquella cultura y la belleza de aquel cielo, cualquiera creeria encontrarse en las cercanías de Chambéry. Llegamos en fin á Amiclea, donde solo se encontraba una docena de ermitorios griegos, medio arruidos por los albaneses y colocados de trecho en trecho en medio de los campos cultivados. Ya no queda rastro ni del templo de Apolo, ni del Eurotas en Onga, ni del sepulcro de Jacinto. No pude descubrir inscripcion alguna, no obstante que busqué cuidadosamente el famoso necrólogo de las sacerdotisas de Amiclea, que el abate Formount copió en 1731 ó 1732, y el cual presentaba una série de mas de mil años antes de Jesucristo. Las destrucciones se multiplican en Grecia con tal rapidez, que muchas veces no halla un viajero el menor vestigio de los monumentos que otro viajero admiró algunos meses antes. Mientras yo buscaba fragmentos de antiguas ruinas entre montones de ruinas modernas, vi llegar algunos aldeanos precedidos por sus papas, y los cuales, apartando una tabla que ocultaba la puerta, entraron en un santuario que yo no habia visto aún. Tuve la curiosidad de seguirlos, y observé que aquellos infelices oraron con el sacerdote entre aquellas ruinas: cantaban letanías delante de una imágen de la *Panagia* (la Santísima Virgen), malamente pintada de encaruado en

una pared azul. Sorprendente diferencia se notaba entre estas fiestas y las de Jacinto; pero la triple pompa de las ruinas, de la desgracia y de las oraciones al verdadero Dios, desvanecia de mi vista todas las demás pompas del mundo.

Mis guías me daban prisa para que partiésemos, porque estábamos sobre las fronteras de los maniotas, que no dejan de ser unos insignes ladrones, á pesar de los elogios que les han prodigado algunos viajeros. Volvimos, pues, á Misitra por el camino de la montaña. Voy ahora á disipar un error que no deja de producir la confusion de los mapas de la Laconia. Indiferentemente damos al Eurotas el nombre de *Iris* ó *Vasilipotamos*, y la Guilletiere, ó mas bien Guillet, no sabe donde ha adoptado el Niger este nombre de *Iris*, y Mr. Pouqueville parece igualmente sorprendido por este nombre. Niger y Melatio, que tambien por corrupcioa escriben *Neris*, no han andado del todo equivocados. En Misitra se da al Eurotas el nombre de *Iri* (y no *Iris*) hasta que se junta con el Tiaso, que entonces toma el de *Vasilipotamos*, que conserva hasta el mar.

Llegamos sin salir de los montes á la aldea de Parori, donde vimos una gran fuente llamada *Chieramo*, la cual sale de una roca con abundancia de mucha agua; encima se ve un sauce lloron, y debajo un gran plátano, á cuya sombra se sienta la gente á tomar el café. No sé de dónde habrán traído este sauce á Misitra, porque es acaso el único que yo he visto en toda la Grecia.<sup>1</sup> La opinion mas admitida, segun creo, hace el *Salix Babylonica* originario del Asia Menor, cuando tal vez habrá venido de la China por el Oriente: lo mismo habrá sucedido con este árbol que con el chopo piramidal que la Lombardía recibió de la Cri-

<sup>1</sup> No recuerdo si he visto algunos otros en el jardin del agá de Nauli de Romanía, ó en la costa del golfo de Argos.

mea y de la Georgia, y cuya familia he hallado en las orillas del Mississipi, mas allá de los Ilineses.

En las cercanías de la fuente de Parori subsisten muchos mármoles medio destrozados y enterrados; en algunos se observan inscripciones, cuyas letras y palabras se llegan á distinguir: con tiempo y dinero quizá podrian hacerse algunos descubrimientos en aquel punto; aunque es probable, sin embargo, que el abate Fourmont haya copiado la mayor parte de aquellas inscripciones, pues solo en la Laconia y en la Mesenia recogió trescientas cincuenta.

Flanqueando siempre el Taijetes, encontramos otra segunda fuente llamada *Panthalama*, que toma este nombre del peñasco de donde brota el agua. Véase en esta piedra una escultura antigua de mala ejecucion, que representa tres ninfas bailando, coronadas de guirnaldas. En fin, encontramos la última fuente llamada *Tritzella*, al pié de una gruta que nada tiene de notable. Acaso se pretenderá reconocer en una de estas tres fuentes la Dorcia de los antiguos; pero en este caso deberia estar mas distante de Esparta.

Quando llegamos á la fuente *Tritzella*, nos hallábamos detrás de Misitra, y casi al pié del arruinado castillo que domina la ciudad, y está situado en la cima de un peñasco de forma casi piramidal. Eran las cuatro de la tarde, y le habiamos empleado por consiguiente ocho horas en nuestra correría. Nos apeamos y subimos al castillo por el arrabal de los Judíos, que da vueltas en caracol hasta la misma base del fuerte. Los albaneses han destruido casi del todo este arrabal, y solamente quedan en pié las paredes, por entre cuyas aberturas se distinguen las huellas de las llamas que devoraron estos antiguos asilos de la miseria. Algunos muchachos casi tan aviesos como los espartanos,

de quienes descienden, se ocultan en estos escombros espialdo al viajero, y al momento de pasar dejan caer sobre él fragmentos de las paredes. Tambien á mí me tocó en suerte ser víctima de uno de estos juegos lacedemonios.

El castillo gótico que corona aquellos restos está tambien arruinado; y no se puede caminar sin precaucion sobre las grietas de las almenas, y sobre las bocas de las cisternas. No hay puertas, ni guardias, ni cañones: todo yace abandonado; pero el riesgo que se corre por entre aquellos restos, queda indemnizado con la vista pintoresca que se disfruta desde allí.

Debajo, hácia la izquierda, se ve la parte destruida de Misitra, esto es, el arrabal de los Judíos, de que acabo de hablar. Al extremo de este arrabal se distingue la casa arzobispal y la iglesia de San Dimitri, circundada de un grupo de casas griegas con jardines.

Perpendicularmente debajo se estiende la parte de la ciudad que se llama *Katochorion*, esto es, el arrabal de la falda del castillo.

Enfrente del *Katochorion* se encuentra el *Mesochorion*, ó arrabal del centro: este contiene hermosos jardines y casas turcas pintadas de verde y encarnado, y los bazares ó mercados, los kanes y las mezquitas.

A la derecha, y al pié de Taygetes, se ven en graduacion las tres aldeas ó arrabales que yo habia atravesado, á saber: *Tritzella*, *Panthalama* y *Parori*.

De la misma ciudad salen dos torrentes: el primero llamado *Hibriopotamos*, rio de los judíos, corre entre el *Katochorion* y el *Mesochorion*.

El segundo se llama *Panthalama*, que toma el nombre de la fuente de las Ninfas, de donde nace y se junta con el *Hibriopotamos* á bastante distancia, en la llanura cerca

de la desierta aldea de *Magoula*. Estos dos torrentes, sobre los cuales se encuentra un puente, han bastado á La Guilletiere para formar á su modo el Eurotas y el puente Babyx, bajo un nombre gemétrico tal vez no bien escrito en mi opinion.

Reunidos en *Magoula* aquellos dos torrentes, se precipitan en el río llamado tambien *Magoula*, antiguamente el Cuacion, y éste va á perderse en el Eurotas.

Visto desde el castillo de *Misitra*, es pintoresco el valle de *Laconia*: prolóngase de Norte á Mediodía, y le ciñen al Oeste el *Taijetes*, y al Este los montes *Tornax*; *Barosthenes*, *Olimpo* y *Menelaion*, y estendiéndose hácia el Mediodía, le interrumpen algunas colinas, en cuyas faldas estaba situada *Esparta*. Desde aquí hasta el mar corre una fértil llanura bañada por el Eurotas.<sup>1</sup>

Heme encaramado sobre una almena del castillo de *Misitra*, descubriendo, contemplando y admirando toda la *Laconia*. Pero ¿cuándo hablareis de *Esparta*? preguntará el lector. ¿Se hallan acaso encerrados en *Misitra* los restos de aquella antigua ciudad? ¿Qué objeto pudo haber al volar á *Amiclea*, antes de haber visitado todos los ángulos de *Lacedemonia*? ¿Os contentareis con hacer mencion del Eurotas, sin señalar su curso, sin describir sus riberas? ¿Cuál es la estension del país que baña? ¿Qué colorido distingue sus aguas? ¿Hay allí cisnes, cañaverales y laureles? No hay una circunstancia, por insignificante que parezca, de que no se deba hacer mérito, tratándose nada menos que de la patria de *Licurgo*, de *Agis*, de *Lisandro* y de *Leonidas*. Todos los viajeros han visto á *Atenas*, pero muy pocos son los que han penetrado hasta *Esparta*; ni uno solo ha descrito completamente sus ruinas.

<sup>1</sup> Véase en el libro XIV de los *Mártires* la descripcion de la *Laconia*.

No hubiera dejado de satisfacer la justa curiosidad del lector mucho antes de lo que parece, si al encaramarme en el torreón del castillo de *Misitra*, no me hubiera hecho mil preguntas semejantes á las que se me pueden hacer en este momento.

Léase la introduccion de este *Itinerario*, y se verá que no he dejado de practicar cuantas diligencias me han sido posibles para adquirir las noticias mas esactas acerca de *Esparta*: allí he trazado la historia de esta ciudad desde los romanos hasta nuestros tiempos; he citado á los viajeros y las obras que han hablado de la moderna *Lacedemonia*; pero desgraciadamente son tan vagas estas nociones, que apenas pueden conciliar dos opiniones entre sí. Segun el padre *Pacífico*, *Coronelli*, el novelista *Guillet* y los demás que han seguido sus opiniones, *Misitra* se halla edificada sobre las ruinas de *Esparta*; pero segun *Spon*, *Vernon*, el abate *Furmont*, *Leroy* y *d'Anville*, las ruinas de *Esparta* se hallan muy distantes de *Misitra*.<sup>1</sup> Despues de todo esto no se debe estrañar que la mayor parte sigan esta última opinion. *D'Anville* sobre todos, se espresa en un sentido bastante esplicito, diciendo "que el sitio que ocupaba esta ciudad (*Esparta*) se llama *Palæochori* ó antiguo arrabal; y la ciudad nueva conocida bajo el nombre de *Misitra*, que se empeñan en confundir con *Esparta*, está separada hácia el poniente."<sup>2</sup> *Spon*, refutando á la *Guilletiere*, se espresa tambien de un modo positivo, apoyado en el testimonio de *Vernon* y del cónsul *Girand*. Pero el abate *Fourmont*, que encontró tantas inscripciones en *Esparta*, no pudo padecer el mismo error acerca de la situacion de esta ciudad, aunque es verdad que no poseemos su viaje; pero *Leroy*

<sup>1</sup> Véase la introduccion.

<sup>2</sup> *Comp. de Geog. ant.*, tom. I, pág. 270.

que ha reconocido el teatro y el dromo, no ha podido ignorar la verdadera posición de Esparta. Conformándose con esta opinión, las mejores geografías han advertido que Misitra no ocupaba del todo la antigua Lacedemonia. Hay también algunos que fijan la distancia de una á otra ciudad en casi dos leguas.

Véase ahora la dificultad de establecer la verdad, cuando se halla arraigado ya un error. A pesar, pues, de Spon, Fourmont, Leroy, d'Anville, etc., todos, y yo el primero, se han empeñado en reconocer á Esparta bajo los nuevos muros de Misitra. Dos viajeros modernos, Scrofani y Pouqueville, habían acabado de preocuparme. Yo no había advertido que al descubrir este último á Misitra, como fundada sobre los restos de Lacedemonia, no hacía sino repetir la opinión de las gentes del país, sin adoptarla como propia; y antes bien parece inclinarse á la opinión que cuenta en su apoyo las mejores autoridades; de donde debo inferir, que exacto Mr. Pouqueville en todo lo que describe visto por sí mismo, se había equivocado con respecto á lo que decía de Esparta.<sup>1</sup>

Persuadido, pues, por un error de mis primeros estudios de que Misitra era Esparta, había comenzado mis investigaciones por Amiclea, y era mi objeto recorrer ligeramente lo que no era Lacedemonia, para fijar en seguida toda mi atención en esta ciudad. Júzguese por consiguiente cuál sería mi confusión, cuando desde lo alto del castillo de Misitra me obstinaba en reconocer la ciudad de Licurgo en una enteramente moderna, y cuya arquitectura me

<sup>1</sup> Dice en todas las cartas que Misitra no ocupa el recinto de Esparta; y luego concluye adhiriéndose á las ideas de los habitantes del país. Véase por esto que el autor fluctuaba entre los grandes testimonios que reconocía, y la charlatanería de algún griego ignorante.

presentaba una mezcla confusa del género oriental, y del estilo gótico, griego é italiano, sin que entre todo esto se descubriese la menor ruina antigua que pudiese consolarme. ¡Si al menos la antigua Esparta, lo mismo que la antigua Roma, levantase su descarnada frente por entre estos monumentos! ¡Pero Esparta yace sepultada, conculcada por los turcos, y muerta, enteramente muerta!

Así lo creía yo. Mi cicerone apenas sabía algunas palabras italianas é inglesas. Para darme á entender mejor, procuré espresarme con algunas frases, que medio sabía, del griego moderno, y con el lapicero le escribí algunas palabras en griego antiguo, hablándole al mismo tiempo en italiano, en inglés y algo en francés: José quiso servirnos de intérprete, y nos confundió mas: el genízaro y el guía, que era judío semi-negro, emitían su opinión en turco, y acababan de enredarnos. A un mismo tiempo hablábamos, gritábamos y accionábamos todos; y con nuestros idiomas, rostros y trajes diferentes, parecíamos un conciliábulo de demonios encaramados, al ponerse el sol sobre aquellas ruinas. Teníamos á la espalda los bosques y las cascadas del Taijetes, encima un cielo brillante, y al pié la Laconia.

—Ve ahí á Misitra, decía yo al cicerone; esa es Lacedemonia, ¿no es así?

Y él me respondía:—Signor, ¿Lacedemonia? ¿cómo?

—Os pregunto si es Lacedemonia ó Esparta.

—¿Esparta? ¿cómo?

—Os pregunto si Misitra es Esparta.

—No os comprendo.

—¿Pues cómo! ¿Vos griego y lacedemonio, y no conocéis el nombre de Esparta?

—¡Esparta! ¡Ah! sí, ¡gran república! ¡famoso Licurgo!

—¿Luego Misitra es Lacedemonia?"